



Revista de Orientación y Cultura, dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XIII

San Salvador, C. A., Julio de 1958

Número
128

ORIENTACION

Por los campos de la mentira

MENTIRA Y VERDAD

La mentira contiene una aberración, una desviación o apartamiento de la verdad.

¿Y qué es verdad?

Los filósofos nos dirán que por verdad se puede entender la realidad misma del ser, conforme a la idea que de ella tiene el que es fuente de todo ser. Es la verdad ontológica.

Pero no es sólo Dios el que tiene idea de las cosas. También la tenemos nosotros. Y llamamos verdad al conocimiento ajustado al ser de la cosa y a la expresión de este conocimiento. Cuanto más ajustado, más adecuado o más coincidente sea nuestro conocimiento a la realidad de la misma cosa, tanto mayor será su verdad.

Este ajustamiento con las cosas se puede obrar en nosotros o directamente cuando nuestro entendimiento se acerca a ellas sin ningún intermedio, o indirectamente a través de otro que las conozca o capte su realidad. Cuando nuestro conocimiento se conforma con el de Dios, entonces es cuando más segura es nuestra verdad porque se apoya en la infalible de Dios.

Los conocimientos se expresan por de fuera por signos representativos del pensamiento. El signo más connatural y por lo mismo el más usado es la palabra y el gesto.

DESCENDIENDO A LA MENTIRA

Cuando no tengo idea de algo, entonces hay en mí IGNORANCIA de ello.

Cuando la idea no está conforme con la realidad de la cosa en sí, anida en mí la FALSEDAD y el ERROR, que de expresarse en gestos, o palabras pasarán a encontrarse en ellos. Serán gestos, palabras, doctrinas falsas y erróneas. Y lo serán así aunque quien las expresa crea que son verdaderas. Al aceptarlas uno mismo o los demás se produce el engaño.

Cuando expreso algo que yo sé que es falso y sin embargo quiero que se adopte como verdadero, entonces digo algo contra la mente, es decir, una MENTIRA y soy un mentiroso por lo que a mí toca y un engañador por lo que respecta a los demás.

En la ignorancia está ausente la realidad y la verdad. En la falsedad y el error se encuentra ausente la realidad y tergiversada la verdad. En el engaño están actuando la falsedad y el error. Y en la mentira ésta actuación es consciente y querida.

Todas estas situaciones, como vemos, tienen de común la irrealdad. Suponen una negación del ser tanto más radical cuanto mayor sea el desajuste con la realidad y se opera con mayor conocimiento de causa y más perversa voluntad. De todas, en cuanto a la calificación moral, es la peor la mentira por la parte que en ella tiene la conciencia y la libertad y su nombre, por extensión, ha venido a calificar en el lenguaje ordinario todas las situaciones en que la realidad no corresponde a las apariencias, sean palabras, hechos o modos de ser o de obrar.

Así tenemos p. ej. la simulación que consiste en mentir con palabras sino con hechos, la hipocresía por la que uno quiere pasar por lo que no es y la jactancia que se atribuye a excelencias que no se poseen o hace que uno se eleve sobre lo que uno es.

Próxima a la jactancia está el orgullo y la vanidad, una y otra hijas de la soberbia.

Hagamos un alto al llegar a este punto.

PROTOTIPO DE LA MENTIRA

Por la soberbia pretende el ser racional levantarse sobre su condición, contra los dictámenes de la recta razón. La tendencia puede dirigirse, incluso a traspasar su condición de creatura y entonces el soberbio viene a hacerse a sí mismo, prácticamente, primer principio y último fin. Dios queda desplazado por el hombre, el Creador por la creatura, no en sí, claro está, sino en la propia estimativa del soberbio, que con esto se desplaza de la realidad absoluta para entrar efectivamente a ser juguete de la irrealdad y de la nada. En sus actos va despenándose cada vez más en lo que no debiera hacer, en lo que no tiene razón de ser, en lo que no está conforme con su naturaleza racional, es decir en el mal moral o lo que es lo mismo en el pecado.

Y en su trasfondo, oscuro como la noche, se agazapa y opera el "Ángel del abismo" (Apoc. 9, 11), "el que no quiso mantenerse en la verdad" o en la realidad que le competía (Jo. 9, 44). Ser fracasado de lo que debiera haber sido y de lo

que siempre está deseado ser. Realidad irrealizada, condenado por elección propia a ser algo que no debiera ser, en eterna y desesperada distensión que trata de introducir donde quiera. Mentira personificada, calificado por el Señor que lo vio despenarse en el eterno no ser con la rapidez de un fatídico rayo (Luc. 10, 18) como el ser "en el que no hay verdad" tal que "cuando miente habla como quien es, porque es mentiroso y el padre de la mentira" (Jo. 8, 44).

Por eso tiene por nombre "el maligno" (1 Jo. 2, 13s). El quehacer correspondiente a su ser y a su estado es el pecado (1 Jo. 3, 8), el mal, la mentira, lo que en sí no tiene ser, pero que él sabe revestir de aparentes realidades atractivas para que el hombre se abraza con ello como si lo tuviera, más aún, como si fuera el ser por excelencia y la realidad pura, un ídolo en vez de Dios. Todo su obrar se desenvuelve en la oscuridad y en el camuflaje, empezando por ocultarse y aun por negarse como si fuera una pura abstracción de pasadas edades y de superadas preocupaciones.

BAJO EL IMPERIO DEL PADRE DE LA MENTIRA

Y sin embargo ¿quién lo creyera? se nos asegura que "todo el mundo permanece fundado en el maligno", es decir en el diablo. (1 Jo. 5, 19). Y la Verdad reconoce que "es el príncipe de este mundo" (Jo. 12, 31) y lo pinta como "el fuerte armado haciendo guardia junto a su presa" (Luc. 11, 21) que sólo logra arrebatársela "otro más fuerte", el mismo Señor que confiesa de sí que "en él nada suyo ha encontrado" el tal personaje. (Jo. 14, 30; 12, 31; 16, 11).

La aseveración de que todo el mundo permanece o descansa en el diablo es gravísima. Y por lo mismo en la boca de la Verdad no puede menos de ser certísima. La explicación la encontramos en otra calificación que el Señor da "al maligno" llamándole "homicida desde el principio" (Jo. 8, 44).

Todo católico medianamente instruido conoce el drama desarrollado en el paraíso y sus consecuencias mortíferas para la vida del alma y la del cuerpo de nuestros primeros padres y su descendencia, el género humano. Por la victoria de la serpiente bajo el árbol del bien y del mal entró la muerte en el mundo (Sab. 2, 24). El pecado original y los pecados personales son otras tantas credenciales de posesión del "maligno" mientras no venga a arrancárselas el que, venciendo en el otro árbol de la cruz, patentizó su victoria el día de la resurrección como "primogénito y primicias de todos los muertos" (Col. 1, 18; Apoc. 1, 5; 1 Cor. 15, 20).

Pero entretanto "el fuerte armado" sigue guardando su presa. Su principado es el de la mentira y de la muerte y trata de defenderlo bajo la traza de dos tácticas correspondientes entre sí: Una tendiente a reforzar cuando pueda atarnos a lo que no debe ser, a la mentira del pecado y a la muerte, y la otra a obstaculizar a los portadores de la verdad y de la vida, de la realidad y del bien.

ENGAÑADOS BAJO APARIENCIA DE VERDAD

Para que la mentira atraiga y retenga es necesario revestirla de apariencias de verdad para los sentidos y para la razón. Bienes que por extralimitados resulten malos, mentirosos y falsos. Son los comprendidos en la clásica división de las tres concupiscencias: la de la carne, la de los ojos y la de la soberbia de la

vida (1 Jo. 2, 16). Aquí entran los placeres desenfrenados, la ambición desmedida, los honores vanos, el libertinaje de la vida, la autonomía de la razón y de la voluntad sin respeto a Dios.

Es instructivo constatar cuan a lo justo concuerdan con la experiencia diaria las observaciones que de los efectos engañosos de las concupiscencias nos hace la palabra divina. Son tentadoras bajo la capa de bien concedámoslo, pero resultan engendradoras de pecados (Jac. 1, 5), de corrupción (2 Petr. 1, 4) y de muerte (Jac. 1, 5), efímeras (1 Jo. 2, 17) ilusorias y engañosas (2 Petr. 3, 3) que a la postre se traducen en confusión y vergüenza, arrepentimientos, castigos, muerte temporal y eterna, bajo un ambiente saturado de mentira e irrealdad.

Al final, ni los individuos, ni las sociedades han ganado nada con ellas si es que no lo han perdido todo. Ejemplos recientes y actuales, particulares y públicos, nacionales e internacionales podríamos evocar de lo uno y de lo otro.

¿Y podría ser de otro modo?

¡No! se nos podría contestar de manera compendiosa y contrapuesta porque "el mundo pasa con sus concupiscencias, pero quien cumple la voluntad de Dios ese permanece eternamente" (1 Jo. 2, 16). En esta voluntad radica la existencia y consistencia de la realidad de las cosas.

Y todavía la Verdad podría añadir más tajantemente. ¿Cómo van a poder establecer algo permanente valedero quienes "pretenden realizar los deseos del diablo, como hijos suyos que son, siendo él homicida desde el principio, que no quiso permanecer en la verdad, si la verdad no cabe en él, si cuando habla mentiras está en su elemento porque es mentiroso y padre de la mentira?" (Jo. 8, 44).

LA SEDE Y LA INTERPRETE DE LA VERDAD

La mentira es disociadora, destructiva de la realidad, al contrario de la verdad que es unitiva y por lo mismo constructiva. Nuestro entendimiento en la búsqueda de la realidad va descubriendo que todas las realidades concretas están planeadas bajo una idea única de la que reciben su ser y mutua dependencia. Esta idea única, verdad y realidad suprema, fuerte y medida de todas las demás, es Dios, última explicación irremplazable de todas las cosas, por ser el primer principio y el último fin de todas ellas. De él reciben su ser, su consistencia, su verdad. Por lo tanto, únicamente a su luz podrá ser interpretada su entera realidad, lo que equivale a decir que solamente a la luz de Dios podremos llegar a poseer del todo su verdad.

Nuestra razón es una participación de la luz de Dios, pero mucho más lo es la revelación positiva de sus pensamientos y voluntades que se ha dignado hacernos a través del tiempo y de manera particularísima por sí mismo en Jesucristo, el Redentor y Salvador del género humano que se proclamaba a sí mismo el Camino, la verdad y la Vida y cuya misión en este mundo era la de "dar testimonio de la verdad" (Jo. 14, 6; 18, 37). El es "la luz del mundo. Quien le sigue no anda en tinieblas sino que tendrá en sí la luz de la vida" (Jo. 8, 12). "Ni se nos ha dado a los hombres otro nombre o programa en el que nos podamos salvar" (Act. 4, 12).

Razón y revelación van juntas en el contenido de la religión cristiana. A ella, pues, habremos de acudir si queremos dar con la Realidad y Verdad subsistente por sí misma y en ella la medida última de las realidades y verdades particulares de las demás cosas.

Y si como en nuestro caso ha querido Dios dejar entre los hombres una Institución encargada de conservar, interpretar y aplicar la verdad, la humanidad no podrá prescindir de ella si no quiera engañarse en la interpretación y verdad fundamental de muchísimas cosas con las que tiene que ver y relacionarse, comenzando por la de su razón de ser en este mundo. En su tanto y representativamente también se podrá decir de esta institución lo que de su autor, que "en él encuentran consistencia todas las cosas" (Col. 1, 14). Ella es, en efecto, "la columna y el sostén de la verdad" (7 Tim. 3, 15).

Frente al padre de la mentira y los hijos de la mentira operantes en el mundo, se encuentra la Verdad y los hijos de la verdad; frente a los hijos de las tinieblas, los hijos de la luz.

LOS HIJOS DE LAS TINIEBLAS EN CONTRA DE LOS HIJOS DE LA LUZ

La luz emitiendo sus fulgores disipa las tinieblas de la ignorancia, de la falsedad y del error, desengaña engañando, pero tropieza con la mentira y el mentiroso propiamente dichos, porque en ellos obra otra facultad diversa del entendimiento, que es la voluntad inclinada deliberadamente al desconocimiento o a la tergiversación consciente de la verdad.

Y comienza la lucha del padre de la mentira y de los hijos de la mentira contra la Verdad y los hijos de la luz. Se rehuye la instrucción y la propagación de la verdad de mil modos y maneras, por mil y mil excusas; se silencia la verdad, se la malinterpreta, se impide su ingreso en los cenáculos de la "inteligencia" y del poder, se trabaja por confundirla con la mentira y si las circunstancias lo permiten y en la medida que lo permitan, se trata de hacer caíar o destruir los órganos de la verdad, desde la que sale de la boca y los procedimientos del más sencillo de los cristianos hasta la de sus más conspicuos representantes por su posición social, por sus conocimientos o por la jerarquía en la Iglesia de Dios.

El cómo de esta lucha de la mentira lo constituye que se hace en nombre de la libertad y el progreso, que, en nuestro caso, se truecan en los fatales de caminar hacia la esclavitud y la autodestrucción, hacia la irrealdad y la nada subjetivadas en algo para su tormento y el nuestro, indicativo y también probatorio y purificador.

